



## SOMBRAS EN LA CAVERNA

JAVIER SARTI

javiersarti@yahoo.es

IDIOMA ÚNICO  
EN BABELIA

**H**ace sólo unos días leí un pequeño cuento escrito por **Eloy M. Cebrián**. Se trata de un relato infantil delicioso y, al mismo tiempo, inquietante.

El aspecto delicioso se desarrolla a lo largo de casi todas sus páginas, y sólo en las dos últimas se revela el efecto perverso que, en demasiadas ocasiones, nace de acciones aparentemente inocuas, y hace realidad esa conclusión de que, a menudo, el camino al infierno está empedrado con buenas intenciones.

Como Eloy, aparte de estupendo escritor, es un buen amigo, no le pido permiso para divulgar esta fantasía que escribió hace ya unos cuantos años, y que publicó en uno de los números de **'El problema de Yorick'**, la magnífica revista literaria que coordina, promueve, edita, dirige y hasta diseña, y que tanto nos ha alegrado a muchos escritores de este y otros países al ver la cuidada manera con que en ella aparecían publicadas nuestras cosas.

Pero vamos al cuento.

La historia arranca en un reino llamado 'Babelia' en el que se hablan unos 650 idiomas diferentes. Lo más curioso del caso es que estas lenguas no están repartidas por zonas, sino merced al azar: los niños nacen hablando ya una que sólo muy rara vez coincide con la de su padre, madre, abuelos o hermanos, por lo que no es raro que en un mismo hogar se hable una decena de idiomas diferentes. Dejo a cada cual imaginar lo que esto implica a la hora de agrupar alumnos con un maestro que hable su misma lengua, o la segmentación que supone en los oficios (cada gremio acaba formado por gente del mismo dialecto, como única manera de entenderse los expertos con sus nuevos aprendices), o el problema en que se convierte adquirir cualquier producto cuando vendedor y comprador no comparten léxico.

Ante la proliferación de tantos idiomas, el monarca de este reino, asesorado por sus consejeros, implanta una ley por la que hace obligatoria una lengua común que, para evitar problemas, no será ninguna de las ya existentes. Pero, dada la dificultad que sus súbditos siempre han manifestado en este aprendizaje, se toma la decisión de que el nuevo vocabulario sea el más simple imaginable, reduciendo los objetos y las acciones a sus sonidos onomatopéyicos ('agua' sería 'glu' por el sonido que hacía al beberla; 'bueno' sería 'mmm'; 'malo' se convertiría en 'puag'; y todas las formas de 'cantar' se enunciarían a partir de 'lalala').

Del mismo modo, se considera una complejidad innecesaria que en las anteriores lenguas de Babelia una sola cosa se pudiera decir de varias formas distintas: así, se abolieron expresiones como 'fragancia', 'aroma', 'perfume' y 'esencia' para enunciar algo tan simple como un buen olor, que tendría una sola palabra para designarlo. El segundo problema vino con los conceptos: ¿cómo reducir a una onomatopeya cosas tan abstractas como 'libertad', 'esperanza', 'amar', 'soñar'...? La solución fue de una sencillez sorprendente: suprimiéndolas por no poder encontrar un término simple

que las designase.

Esta revolución tuvo un éxito enorme, y el pueblo abrazó alborozado lo que se denominó 'La gran simplificación'.

Sin embargo, no todo fueron ventajas: nos cuenta Eloy que «el neobabelio era tan simple y limitado que cualquiera que lo hablara parecía un necio». Desaparecieron la literatura y la filosofía, esas cosas que «sólo les interesaban a unos pocos maniáticos a los que nunca se les había hecho mucho caso». Pero tuvo la ventaja de que favoreció a la música popular, «que se convirtió en un gran negocio» gracias a «los

compositores de cancioncillas tontas». Y también sacó gran provecho de ello el rey, que «se vanagloriaba de que sus súbditos, de puro estúpidos que se habían vuelto, fueran ahora los más fáciles de gobernar en todo el mundo». En cuanto a los que se quejaban de que con esa lengua «no había forma de decir cosas hermosas, ingeniosas u originales», y de que con ella «no se podían expresar más que idioteces», el verdugo y los carceleros dieron buena cuenta de ellos.

Yo creo que el cuento de Eloy es una parábola hermosa y triste.

Hermosa porque, de manera indirecta, evoca la belleza que se encuentra en la multiplicidad de las palabras. Y aunque no todo pueda ser abarcado con ellas, la poesía es lo que se consigue al intentarlo.

Y es una parábola triste porque no es otra cosa que 'tristeza' lo que se desprende al imaginar un pobre lugar en el que sus habitantes sólo supieran designar con la palabra 'guay' (es un decir) todo aquello que antes era bueno, bello, agradable, placentero, apetitoso o divertido. Y que cuando algo fuese más allá y se convirtiera en excelente, sublime, óptimo, precioso, extraordinario, admirable, soberbio o exquisito, bastase decir 'superguay' o, en el mejor de los casos, 'superbueno'. Y que cuando algo gustase, atrajese, interesase, enamorase, sedujese, entusiasmase, ilusionase, apasionase, admirase, emocionase, conmoviese, excitase, enardeciese o cautivase..., bastase con decir 'mola' o, si hacía algo de esto en grado sumo, 'mola mogollón'.

Si, me parece triste imaginar unas gentes que no supiesen enunciar ideas abstractas, no comprendiesen los libros que les precedieron, no supieran escribir, hablasen a trompicones, ignorasen el hábito de pensar y la dialéctica rigurosa, fuesen incapaces de ordenar sus ideas y tuvieran las mentes abiertas a cualquier demagogia incluso violenta..., o convertidos en meros consumidores de hábitos y objetos pueriles.

Triste, también, imaginar que, tarde o temprano, cada uno de ellos se sentiría apesadumbrado, deprimido, afligido, apenado, desconsolado, abatido, melancólico, desanimado, decaído, desmoralizado, angustiado, desolado, desalentado o perdido..., pero sólo sabría exclamar «**estoy jodido**».

Decía **Horacio** que hay que ser oscuro para resultar claro. Me parece que este relato de Eloy tiene el punto justo de sombra para resultar de una claridad luminosa.

**O**bservaba los garabatos que desde hace años permanecían en la mesa de 'El Viejo Lobo' en la que tomaba un café. Alguien había grabado su nombre, Antonio, y dibujado con destreza a un señor con nariz afilada, ojos alicaídos y dedos amorcillados. Miraba el dibujo y pensaba cómo nos gusta recrear la realidad y, cogiendo una servilleta y un bolígrafo, empecé a dibujar caras que no eran tales. «Con un seis y un cuatro...», susurraba con nostalgia infantil.

Todo parecía lógico, normal, hasta que una de esas caras de perfil se giró y me miró. «¡Coño!», grité observando a mi alrededor. «¿Dónde miras?», me dijo la cara pintada sobre el papel, que de golpe se convirtió en un hombrecillo trazado con tinta de bolígrafo. «¡Manuela... ven!», exclamé llamando a la dueña de la taberna. Pero el hombrecillo colocó uno de sus dedos en los labios y reclamó silencio. «No grites, ¿no te das cuenta de que nadie te escucha?», me

dijo con desaire. «Ahora estás con nosotros», continuó.

Intenté preguntarle qué quería decir con eso de «estás con nosotros», pero fue él quien se apresuró en explicármelo. «Has sido absorbido, ahora estás en el País del Seis y el Cuatro. Y estás aquí porque necesitamos información. ¿Es cierto lo de Mingote?». Titubeé, porque me daba la sensa-

ción de estar enloqueciendo. Miré a mi alrededor y, cuando me aseguré de que nadie me observaba, le contesté: «Sí, desde hace días está pintando nubes por el cielo de los dibujantes». Entonces, el hombrecillo se sentó sobre la servilleta, metió la cabeza hecha con un seis y un cuatro entre sus piernas y rompió a llorar. «¡Siempre quise ser pintado por Mingote!», se repetía.

## EL COMECOCOS

JESÚS TRELIS

## TINTA CHINA

De cómo con un seis y un cuatro acabé hablando con un hijo de Mingote



Me dijo que admiraba al maestro, que se emocionaba viendo cómo con sus trazos podía crear un submundo maravilloso que siempre sorprendía. «No sé si me entiendes, eres demasiado humano para ello, pero es realmente admirable. Tiene un don que se convierte en magia y que es capaz de hacer que cuatro trazos y dos palabras despierten en tu interior las mayores emociones, las sonrisas más sanas o los odios más atroces». Intenté cogerle para animarle y decirle que estaba de acuerdo con él pero, cuando le acerqué mi dedo, el hombrecillo se convirtió en una gota de tinta que rodó por la servilleta dejando sobre ella escrito: «Mingote, por siempre».

«¿Me llamas?», me preguntó Manuela por la espalda. Le dije que no, que ya no había falta. Y empecé a dibujar caras con un seis y un cuatro en la servilleta. Pero mi hombrecillo ya no volvió. «Besos, Mingote», escribí yo en la mesa. Y entonces llovió tinta china en el café.